

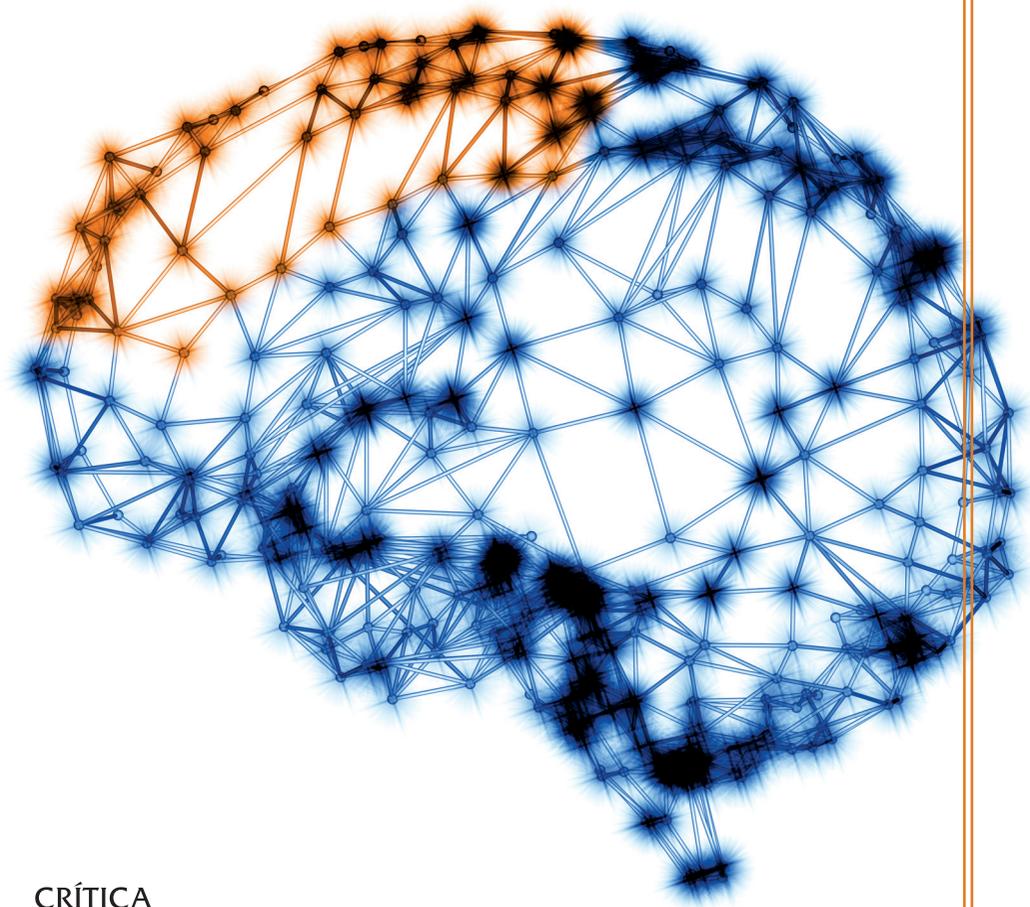
DRAKONTOS

Elkhonon Goldberg



# El cerebro ejecutivo

Lóbulos frontales y mente civilizada  
Prólogo de Oliver Sacks



CRÍTICA

# EL CEREBRO EJECUTIVO

Lóbulos frontales y mente civilizada

Elkhonon Goldberg

Prólogo de Oliver Sacks

Traducción castellana de  
Javier García Sanz

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2002  
Primera edición en esta presentación: marzo de 2015

*El cerebro ejecutivo*  
Elkhonon Goldberg

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: THE EXECUTIVE BRAIN. Frontal Lobes and the Civilized Mind

Esta traducción de *El cerebro ejecutivo*, originalmente publicada en inglés en 2001, se edita por acuerdo con Oxford University Press, Inc.

© Elkhonon Goldberg, 2001

© del prólogo, Oliver Sacks

© de la traducción, Javier García Sanz, 2002

© Editorial Planeta S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-817-4  
Depósito legal: B. 2490 - 2015  
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

---

●

## Índice

Prólogo, <i>Oliver Sacks</i>	9
Agradecimientos	17
1. <i>Introducción</i>	19
2. <i>Un final y un principio: una dedicatoria</i>	25
3. <i>El director ejecutivo del cerebro: Una mirada a los lóbulos frontales</i>	37
Las muchas caras del liderazgo	37
El lóbulo ejecutivo	38
4. <i>La arquitectura del cerebro: una introducción</i>	43
La visión microscópica	43
La visión macroscópica	45
El puesto de mando y sus conexiones	51
5. <i>La primera fila de la orquesta: la corteza</i>	53
Sonidos e intérpretes	53
Novedad, rutinas y hemisferios cerebrales	56
El apuro de Noé y los paisajes del cerebro	68
Locura modular	71
Gradientes cognitivos y jerarquías cognitivas	74
Una cosa es una cosa	78
Una palabra para una cosa	80
6. <i>El director de orquesta: una mirada más cercana a los lóbulos frontales</i>	85

La novedad y los lóbulos frontales	85
Memoria activa o ¿trabajar con memoria?	88
Libertad de elección, ambigüedad y lóbulos frontales	93
<i>7. Lóbulos diferentes para gentes diferentes: estilos de toma de decisiones y los lóbulos frontales</i>	103
La neuropsicología de las diferencias individuales	103
Estilos cognitivos masculino y femenino	104
Lóbulos frontales, hemisferios y estilos cognitivos	109
Estilos cognitivos y cableado cerebral	111
Rebeldes en pequeña proporción: lateralidad manual y la búsqueda de novedad	114
Talentos ejecutivos: El Factor I y la teoría de la mente	119
<i>8. Cuando el líder está herido</i>	129
Los frágiles lóbulos frontales	129
Síndromes del lóbulo frontal	132
Impulso y cuerpos newtonianos: un estudio de caso dorsolateral	134
Planes y «Recuerdos del futuro»	139
Rigidez de mente	145
Punto ciego mental: anosognosia	150
<i>9. Madurez social, moralidad, ley y lóbulos frontales</i>	153
El Síndrome «Pseudopsicopático» Orbitofrontal y la pérdida del autocontrol	153
Madurez social y lóbulos frontales	155
Maduración biológica y madurez social: un enigma histórico	157
Daño en el lóbulo frontal y comportamiento criminal	159
El ladrón desdichado	164
Daño en el lóbulo frontal y el punto ciego público	168
<i>10. Desconexiones fatídicas</i>	171
el jinete caído: un estudio de casos	171
Esquizofrenia: una conexión que nunca se hizo	176
Trauma de cabeza: una conexión rota	180
Trastorno de déficit de atención/hiperactividad: una conexión frágil	182
El ADHD conquistado: ¿cómo se autorrecuperó Toby?	187
Tics bruscos y chistes chuscos	193

11. «¿Que puede usted hacer por mí?»	207
Drogas «cognotrópicas»	207
Jogging cerebral	211
Historia de la rehabilitación cognitiva	216
Plasticidad cerebral y ejercicio cognitivo	218
Ajuste cognitivo: comienzo de una tendencia	224
Inicios de un programa	226
12. <i>Los lóbulos frontales y la paradoja del liderazgo</i>	229
Autonomía y control en el cerebro	229
Autonomía y control en la sociedad	232
Autonomía y control en el mundo digital	237
Epílogo	241
Referencias y notas	245

## Un final y un principio: una dedicatoria

Quejas menores aparte, vivimos en un mundo indulgente, donde el margen de error es normalmente bastante generoso. Siempre he sospechado que, incluso en las más altas esferas de poder, la toma de decisiones es un proceso muy descuidado. De vez en cuando, sin embargo, surgen situaciones en la vida de un ser humano, y de una sociedad, que no permiten ningún margen de error. Estas situaciones críticas ponen a prueba en grado máximo las capacidades ejecutivas de quien toma las decisiones. A los cincuenta y tres años, sólo puedo pensar en una situación semejante en mi vida. Para mí, en esa época ya un estudiante de las funciones ejecutivas, la experiencia tuvo doble importancia como drama personal y como estudio práctico sobre el funcionamiento de los lóbulos frontales: los míos.

Mi mentor, Alexandr Romanovich Luria, y yo estábamos enzarzados en una conversación que habíamos tenido ya una docena de veces antes. Ibamos paseando desde el apartamento de Luria en Moscú hacia la Vieja Arbat por la calle Frunze.<sup>1</sup> Caminábamos con cautela, porque Luria se había roto una pierna y ello le había producido una cojera que frenaba su paso normalmente rápido. Era una temprana tarde de primavera, Moscú se estaba desheliando tras un frío invierno y la plaza se estaba llenando de gente. Pero Luria era tan imponentemente profesor en su pesado y largo abrigo de cachemir con cuello de astracán y sombrero a juego que la multitud nos cedía el paso.

Era el año 1972. El país había pasado por los años asesinos de Stalin, por la guerra, por más años asesinos de Stalin, y por el abortado deshielo de Khrushchev. Ya no se ejecutaba a nadie por disidente; simplemente se le encarcelaba. El estado de ánimo dominante de la gente ya no era de terror escalofriante, sino apagado, resignado, una desesperanza y una indiferencia paralizantes, una especie de estupor. Mi mentor tenía setenta años y yo veinticinco. Me estaba acercando al final de mi *aspirantura*, un curso de posgrado que normalmente llevaba a un puesto en el claustro de la facultad. Estábamos hablando de mi futuro.

Como en muchas ocasiones anteriores, Alexandr Romanovich estaba diciendo que ya era hora de que me afiliara al partido: *el* partido, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Puesto que él mismo era un miembro del partido, Luria se ofreció a nominarme y arreglar la segunda nominación por parte de Alexey Nikolayevich Leontyev, también un ilustre psicólogo y nuestro decano en la Universidad de Moscú, con quien yo me mantenía en general en términos cordiales. Ser miembro del partido era el primer paso hacia la élite soviética, un jalón obligatorio para cualquier aspiración seria en la vida. Se daba por supuesto que ser miembro del partido era una condición *sine qua non* para cualquier progreso en la Unión Soviética.

También se daba por supuesto que el nominarme para ser miembro del partido era un gesto muy generoso tanto por parte de Luria como de Leontyev. Yo era un judío de Latvia, provincia considerada poco fiable, y con antecedentes «burgueses». Mi padre había pasado cinco años en el Gulag como «enemigo del pueblo». Yo no me ajustaba exactamente al ideal soviético. El hecho de que respondiesen por mí Luria y Leontyev, las dos máximas figuras en la psicología soviética, podía irritar a la organización del partido en la universidad porque impulsaba a «otro judío» a los estratos enrarecidos de la elite académica soviética. Pero ellos estaban dispuestos a hacerlo, lo que significaba que querían que me quedase en la Universidad de Moscú como un miembro junior del claustro. Los dos me habían protegido antes en varias ocasiones, y estaban preparados para apoyarme una vez más.

Una y otra vez, sin embargo, le dije a Alexandr Romanovich que no me iba a afiliarme al partido. En una docena de ocasiones durante los últimos años, cada vez que Luria sacaba el tema yo lo dejaba de lado, bromeando con ello, diciendo que era demasiado joven, demasiado inmaduro, que aún no estaba listo. Yo no quería un choque abierto y Luria no lo forzó. Pero esta vez él hablaba con decisión. Y esta vez dije que no iba a afiliarme al partido porque no quería hacerlo.

Alexandr Romanovich Luria era presumiblemente el más importante psicólogo de su época. Su carrera polifacética incluía originales estudios de desarrollo y cruce cultural, principalmente en colaboración con su mentor Lev Semyonovich Vygotsky, uno de los más grandes psicólogos del siglo xx. Pero fue su contribución a la neuropsicología la que le ganó verdadera aclamación internacional. Considerado universalmente como un padre fundador de la neuropsicología, estudió la base neural del lenguaje, la memoria, y, por supuesto, las funciones ejecutivas. Entre sus contemporáneos, nadie contribuyó más que Luria a la comprensión de la compleja relación entre cerebro y cognición, y era reverenciado en ambos lados del Atlántico (Fig. 2.1).



**Figura 2.1** Alexandr Romanovich Luria y su mujer Lana Pymenovna Luria, cuando ambos tenían poco más de treinta años. (Cortesía de la Dra. Lena Moskvich.)

Nacido en 1902 en la familia de un destacado médico judío, había vivido en el fermento cultural de comienzos del siglo, los años volátiles de la revolución rusa, la guerra civil, las purgas de Stalin, la segunda guerra mundial, un segundo asalto de las purgas de Stalin, y finalmente un deshielo relativo. Fue testigo de cómo sus más íntimos amigos y mentores, Lev Vygotsky y Nicholai Bernstein,

veían sus nombres mancillados y su trabajo censurado por el Estado. En varias ocasiones en distintos momentos de su vida estuvo a punto de ser enviado al Gulag de Stalin pero, a diferencia de muchos otros intelectuales soviéticos, nunca fue encarcelado. Su carrera era una peculiar mezcla de odisea intelectual, impulsada por un despliegue natural y genuino de investigación científica, y un curso de supervivencia en el campo de minas ideológico soviético.

Procedente del límite más occidental del imperio soviético, de la ciudad báltica de Riga, crecí en un ambiente «europeo». A diferencia de las familias de mis amigos de Moscú, la generación de mis padres no creció bajo los soviets. Yo tenía cierto sentido de la cultura «europea» y de la identidad «europea». Entre mis profesores en la Universidad de Moscú, Luria era uno de los poquísimos reconociblemente europeos, y ésta fue una de las cosas que me impulsaron hacia él. Era un hombre de mundo polifacético y plurilingüe, completamente familiarizado con la civilización occidental.

Pero también era un hombre soviético acostumbrado a hacer compromisos para sobrevivir. Yo sospechaba que en los recovecos más profundos de su ser había un temor visceral a la represión física y brutal. Había conocido a otras personas como él, que parecían guardar un miedo latente hasta su muerte, incluso cuando las circunstancias habían cambiado y el miedo ya no respondía a la realidad. Este miedo fue el adhesivo del régimen soviético, y supongo que el adhesivo de cualquier otro régimen represivo, hasta su colapso. Esta dualidad de libertad intelectual, incluso arrogancia interior, y acomodación cotidiana era bastante común entre la intelectualidad soviética. Yo no condenaba la afiliación de Luria al partido, pero tampoco la respetaba, y era una fuente de enojosa ambivalencia en mi actitud hacia él. De alguna forma le compadecía por eso, un sentimiento extraño para un estudiante hacia su mentor reverenciado.

Mi relación con Alexandr Romanovich y su esposa Lana Pymenovna, una reputada oncóloga, era prácticamente familiar. Personas cálidas y generosas, tenían la costumbre de introducir a sus colegas en su vida familiar, invitándoles a su apartamento de Moscú y a su dacha en el campo, y llevándoles a exposiciones artísticas. Al ser el más joven entre los colegas inmediatos de Luria, yo era a menudo el objeto de su supervisión semipaterna, que iba desde buscarme un buen dentista a recordarme que sacara brillo a mis zapatos. Como es normal en la vida, ocasionalmente teníamos desacuerdos sobre pequeñas cosas, pero nuestra relación era muy estrecha.

En esta ocasión, cuando afirmé categóricamente que no iba a afiliarme al partido, Luria se detuvo en mitad de la calle. Con tono de resignación, aunque de forma tajante, dijo: «Entonces, Kolya (mi viejo apodo ruso), no puedo hacer nada por ti». Y en eso quedó. En otras circunstancias esto podría haber sido de-

vastador, pero ese día sentí alivio. Sin que lo supiera Alexandr Romanovich ni casi nadie, yo ya había tomado la decisión de dejar la Unión Soviética. Al hacer de mi pertenencia al partido un prerrequisito para su patronazgo continuo, me liberó de cualquier obligación que pudiera sentir hacia él y que podría haber interferido en mi decisión. Después de esta conversación habían desaparecido las últimas dudas, y la cuestión ya no era si huir, sino cómo hacerlo.

La decisión de dejar el país había madurado poco a poco y mis motivos eran complejos. Vivía bajo un régimen opresivo, pero mi carrera personal no había sido obstaculizada hasta ese momento. El Estado practicaba un antisemitismo tácito; se sabía que existían cupos no escritos en las universidades pero yo estudié en la mejor universidad del país. Se sabía que los judíos no eran en general bien recibidos en las capas más altas de la sociedad soviética, aunque yo personalmente no sufrí directamente el antisemitismo. La mayoría de mis amigos íntimos eran rusos, y en mi círculo social inmediato la cuestión étnica simplemente no surgió. Estaba rodeado de judíos bien situados pertenecientes a la generación de mis padres, lo que significaba que era posible una carrera en la Unión Soviética a pesar de las restricciones tácitas. Las prácticas religiosas estaban recortadas y obstaculizadas, pero yo crecí en una familia laica y esto no era una cuestión de preocupación personal.

La mayoría de mis amigos entendían que vivíamos en una sociedad que no era libre ni opulenta. A pesar de la prominente posición soviética, había un sentimiento nacional de inferioridad y una sensación de que el resto del mundo era más vibrante y más rico en oportunidades. Estábamos aislados de ese mundo, el telón de acero era una realidad palpable y el mundo exterior suponía una invitación. Habiendo crecido en la occidentalizada Riga, yo no tenía miedo de ese mundo.

El adoctrinamiento político empezaba en la Unión Soviética prácticamente desde la guardería. Pero mi familia era un pequeño enclave de disconformidad pasiva y muy pronto en mi vida empecé a recibir un sano antídoto contra la propaganda oficial. Mi padre fue enviado a un campo de trabajo cuando yo tenía un año. En una broma macabra que circulaba por el país en aquellos días, dos internos están hablando en un campo de trabajo. «¿Cuánto tiempo te echaron?» «Veinte años» «¿Qué hiciste?» «Quemé una granja colectiva». Y tú ¿qué hiciste?» «Nada» «¿Cuánto tiempo te echaron?» «Quince años» «¡No me lo creo! Por nada sólo te echan diez».

Mi padre fue sentenciado a diez años en el Gulag en la Siberia Occidental. Fue sentenciado como parte de lo que yo llamaba «sociocidio», una exterminación sistemática de grupos sociales completos: la intelectualidad, los educados en el extranjero, la antigua clase acaudalada. Ser miembro de uno de estos gru-

pos te condenaba a la persecución. Mi padre fue enviado a un campo de trabajo, y en el recibidor de nuestro apartamento mi madre guardaba dos pequeñas maletas preparadas, una para ella y otra para mí. Existían campos de trabajo separados para las «mujeres de los enemigos del pueblo», y existían orfanatos especiales para los «hijos de los enemigos del pueblo». Había maletas preparadas en muchos apartamentos por todo el país. Los agentes de paisano acostumbraban a llegar en automóviles negros sin matrícula (*voronki*, término ruso para «pequeños cuervos»); se presentaban de improviso en mitad de la noche, llamaban al timbre y daban a sus víctimas quince minutos para prepararse, antes de llevarse los para cinco, diez, veinte años, o para siempre. Había que estar preparado.

Crecí sabiendo que mi padre estaba lejos, pero sin saber exactamente dónde. La dirección de sus cartas era simplemente un «apartado postal», y cuando era niño me preguntaba por qué mi padre había decidido vivir en un «apartado», lejos. Cuando se anunció la muerte de Stalin en abril de 1953, los altavoces colocados en la ciudad emitieron música fúnebre. La gente lloraba por las calles. Mi madre corrió al apartamento empujándome, incapaz de contener su alegría y temerosa de mostrarla en público. Mi madre siempre se había manifestado políticamente, hasta el punto de la temeridad. Era peligroso confiar incluso en los propios hijos, puesto que éstos eran animados a informar sobre sus padres... y algunos lo hicieron. Uno de ellos, un muchacho llamado Pavlik Morozov, se había convertido en un héroe nacional.

En el espacio de algunos meses, muchos prisioneros del Gulag fueron liberados antes de tiempo, mi padre entre ellos. Recuerdo a mi madre abrazando a un extraño de delgadez esquelética en el andén de la estación de Riga. Yo tenía seis años y ningún recuerdo de mi padre. Sólo entonces descubrí que el «apartado» era un campo de trabajo y lo que eso significaba. Ésa fue mi primera idea de la verdadera naturaleza del Estado en que vivíamos. Muchos años más tarde mi madre recordaba que yo había tenido un acceso de ira que la aterró por su intensidad, y empecé a gritar «¡Así que eso es realmente la Unión Soviética!».

La vida pronto se instaló en la normalidad. A medida que crecía, no me hacía ninguna ilusión acerca del Estado en que vivía ni tenía ningún apego patriótico por él. Lejos de ello, al llegar a cierta edad desarrollé un sentido razonablemente bien articulado de que toda mi existencia soviética era un lamentable accidente de nacimiento. Pero en un nivel cotidiano me sentía cómodo y a menudo feliz, y estaba «integrado». Fui aceptado en la Universidad de Moscú y estaba en camino de ingresar en la elite académica. Poco a poco fui entendiendo que no había futuro en la Unión Soviética, igual que no había futuro para la Unión Soviética.

Y ahora estaba de pie en mitad de Arbat, sabiendo que la última fuente de duda había desaparecido. Una decisión existencial esperaba ahora una solución ejecutiva. Un intento de dejar el país requería un plan complicado, y no había garantía de éxito. Para salir, tenía que burlar al Estado soviético. Supe que mis lóbulos frontales iban a ser puestos a prueba intensamente durante los próximos meses.

El «paraíso de los trabajadores» estaba diseñado como una ratonera: era más fácil entrar que salir. Los ciudadanos soviéticos no podían dejar el país a voluntad, ni siquiera temporalmente. El permiso para salir al extranjero como turista o en misión oficial implicaba ya un estatus de elite. Casi nunca se permitía viajar juntos a todos los miembros de una familia; se mantenía un rehén para evitar la desertión. Emigrar permanentemente era aún más difícil. Hasta principios de los años setenta era prácticamente desconocido. Luego, como consecuencia de la detente y bajo la presión del Congreso de los Estados Unidos, se permitió una emigración limitada para judíos que iban a Israel. Las autoridades confiaban en que, restringiendo de este modo la emigración, el precedente podría contenerse. En realidad, no obstante, una vez que salían del país los judíos eran libres para ir donde quisieran. Muchos, yo mismo incluido, eligieron los Estados Unidos. Esto produjo un momento irónico en la historia de Rusia, cuando ser judío se convirtió repentinamente en una ventaja. Yo era un miembro de esa minoría paradójicamente «privilegiada». En ese conjunto único de circunstancias, mi naturaleza judía ofrecía un vehículo, más que un impulso, para intentar salir. Como a menudo sucede en la vida, la relación entre un deseo y una oportunidad era algo circular.

Pero había muchos obstáculos que sortear. El estado soviético era brutalmente pragmático. Cuanto mayor se percibía el valor del individuo, más difícil era obtener permiso para dejar el país. Para los graduados de las universidades de elite las oportunidades se acercaban a cero. Como graduado de la Universidad Estatal de Moscú, el Harvard del Este, yo era una valiosa propiedad del Estado. A las personas como yo no se les permitía normalmente emigrar. La analogía con la posesión de esclavos iba más allá. Incluso si se concedía permiso en principio, el Estado exigía un rescate, que se determinaba sobre la base del nivel de educación de una persona. Mi rescate sería especialmente exorbitante.

Mi tesis doctoral estaba escrita y encuadernada, y la defensa oral programada para dentro de unos pocos meses. Estaba claro que no podía solicitar un visado de salida mientras siguiera en la Universidad de Moscú. Cualquiera que solicitara un visado de salida se convertía al instante en persona *non grata*. Nadie me permitiría defender mi tesis en estas circunstancias. Sería expulsado inmediatamente de la universidad.

Retrasar mi solicitud hasta después de mi defensa parecía lo lógico. Pero a medida que empezaba a planear mi fuga, se hizo claro que tener un título avanzado pondría en peligro mis oportunidades. Con desgana estaba llegando a la conclusión de que tendría que sabotear de algún modo mi propia defensa de la tesis. Como sucede con las funciones del lóbulo frontal, éste era un caso extremo donde hay que inhibir una urgencia de gratificación inmediata. Tenía que sacrificar algo por lo que había luchado durante años y que habría sido mío, con un resultado garantizado, en unos pocos meses. La gratificación diferida era la perspectiva de salir del país. En la jerarquía de objetivos (priorizar los propios objetivos, otra función del lóbulo frontal), éste era un objetivo superior.

La estrategia no estaba exenta de riesgos. Al no recibir mi doctorado, yo estaba simplemente ampliando mi oportunidad de éxito pero en modo alguno lo aseguraba. La ecuación era demasiado sombría para computar la ganancia en probabilidades con cualquier grado de precisión. Cualquiera que fuera, seguía existiendo una probabilidad alta de que no se me permitiese salir. En situaciones como ésta, la gente permanecía en un limbo duradero. Denegada la petición de dejar el país, se les negaba también la oportunidad de volver a entrar en la corriente central de la sociedad soviética. Eran despedidos de sus puestos y se convertían en parias de por vida, condenados a trabajos menores en los márgenes de la sociedad. Pero por esto es precisamente por lo que ya no importaba el doctorado. Si se me negaba el derecho a salir, me vería conduciendo un taxi para ganarme la vida con o sin mi doctorado.

Y además había otra razón para no defender la tesis: proteger a mis amigos. Mis profesores serían considerados responsables por las autoridades por la «falta de vigilancia política», por alimentar a un futuro «traidor a la patria». Por extraño que sonara este lenguaje, realmente se utilizaba en el discurso político oficial en la Unión Soviética. Puesto que mi mentor era Alexandr Romanovich, éste quedaría particularmente afectado. Había que evitarlo.

Poco a poco, en mi cabeza tomó forma un plan. Inventaría algo para no defender mi tesis. Luego desaparecería de la Universidad de Moscú tan inadvertidamente como fuera posible y dejaría Moscú. Iría a mi Riga natal y obtendría el trabajo más bajo posible. Luego, al cabo de varios meses, o un año, solicitaría el visado de salida. El resto ya no estaría en mis manos.

El momento exacto de mi solicitud tendría que depender de cosas que no estaban bajo mi control. La detente estaba cobrando fuerza. Henry Kissinger entraba y salía del país. En la prensa se anunciaba una visita inminente del Presidente Nixon. En estas situaciones los soviéticos tendían a mostrar su faz liberal. Yo estaba decidido a preparar meticulosamente mi solicitud para que coincidiese con estos sucesos lo más exactamente posible. A medida que pensaba en los

detalles de mi plan, tenía una extraña sensación de despersonalización, como si estuviera viviendo el argumento de una novela sobre la vida de otra persona. Pero ésta iba a ser mi historia, y era autoprovocada.

Trataba de borrar mis huellas. No es que creyera que en el momento crítico de la decisión las autoridades serían ignorantes de mi pasado. Uno no podía borrar sus huellas en la Unión Soviética. Dondequiera que uno iba, tenía que registrarse en la policía local. Un expediente interno seguía a todo ciudadano soviético en cada movimiento por el país. Pero yo contaba con la naturaleza indiferente y fundamentalmente insensata de la burocracia soviética. En los años 70 quedaban muy pocos fanáticos dentro del sistema. Las cosas se hacían ciñéndose estrictamente a las normas. El manual decía que los graduados de la Universidad de Moscú y similares eran valiosos y no debería permitírseles salir. El manual decía también que los barrenderos, taxistas y tenderos eran prescindibles y se les podía dejar salir en nombre del cumplimiento de la detente. Pero el manual no decía nada sobre los graduados de la Universidad de Moscú convertidos en barrenderos. Mi apuesta era que las autoridades, con su proceder mecánico, no cavilarían sobre mi expediente.

Había otro elemento en mis cálculos. De forma tácita estaba comunicando a las autoridades que yo no les tenía miedo. Renunciando voluntariamente al prestigio y las promesas de mi puesto en la universidad y asumiendo un trabajo menor, estaba en cierto sentido dejándoles sin armas. Yo estaba repasando por mí mismo todo lo que ellos me habrían hecho si hubiera solicitado el visado de salida mientras seguía en la Universidad de Moscú. Privándoles de los medios de repercusión, les privaba de su control sobre mí. Lo único que les quedaba era encarcelarme pero, al no ser un disidente activo, no creía que fuera probable. Cuanto menos temor mostrara, más sabían ellos que tendrían que esforzarse para intimidarme y hacer que renunciara a mi plan. Con la detente en el aire y su disposición a parecer «correctos», era probable que concluyeran que retenerme no valía la pena. Pero no había garantía.

Mi primer impulso fue sentarme con Alexandr Romanovich y revelarles mi plan. Pero había dos razones importantes para no hacerlo. Aunque estaba haciendo todo lo que podía por distanciarme, y minimizar así cualquier posible repercusión que mis acciones pudieran tener sobre él, no podía estar seguro de su reacción. Cualesquiera que fueran sus verdaderas creencias, públicamente había sido siempre un ciudadano soviético leal, a veces vehementemente leal. ¿Era sólo una pátina, de la que procuraba no desprenderse? ¿Creía verdaderamente en lo que decía? Yo sospechaba que había un poco de ambas cosas, que una constante disonancia consciente entre lo que se dice y lo que se siente era demasiado penosa de soportar. En los muchos años de nuestra íntima asociación, nunca fui

capaz de tener una discusión política abierta con Alexandr Romanovich. Cada vez que trataba de sonsacarle, su respuesta era una estridente y casi frenética «línea de partido». Lo más cerca que Luria había estado nunca de revelar su descontento profundamente soterrado era mediante una murmuración ocasional «Vremena slozhnye, durakov mnogo» («Estos son tiempos complejos, con muchos imbéciles alrededor»). Lo que inicialmente se adoptaba como una mímica protectora se convertía con el tiempo en una forma de «autohipnosis».

Irónicamente, el término «autohipnosis» fue propuesto en 1990, medio en broma, por una persona que no era otra que la propia hija de Luria, Lena, durante una cena en Nirvana, un restaurante indio frente al Central Park de Nueva York. Estábamos hablando de sus padres, ambos muertos hacía tiempo, y sobre otras personas de su generación. Como yo mismo, Lena estaba fascinada por la autohipnosis política como mecanismo de defensa psicológica bajo la tiranía. La mujer de Luria, Lana Pymenovna, era mucho menos dada a la autohipnosis, y durante años nosotros habíamos tenido muchas conversaciones abiertas sobre temas prohibidos.

Con estos antecedentes no había garantía de que Luria no informase de mis intenciones a las autoridades de la universidad. Según las reglas que gobernaban el sistema, esto era realmente lo que se esperaba de él, e ignorar la regla sería considerado como una seria trasgresión por parte de un profesor soviético y miembro del partido con buena posición. Informada sobre mis planes, la universidad hubiera prescindido de mí inmediatamente como una fuente potencial de molestias. Me encontraría en un limbo imposible incluso antes de solicitar el visado. Esto era particularmente arriesgado. Expulsado de la universidad como «políticamente poco razonable», me sería extraordinariamente difícil encontrar un trabajo —cualquier tipo de trabajo. Dentro de los parámetros del Estado ratonera soviético, ése era un lugar muy peligroso. Una ley escrita permitía al Estado arrestar y encarcelar a los «parásitos», las personas sin empleo. Esta ley raramente aplicada se invocaba cuando las autoridades querían «atrapar» a alguien —especialmente a los «políticamente poco razonables» que trataban de dejar el país. Por el bien de mi plan, y el alma de mi maestro, sólo podía esperar que no me entregase, pero no había ninguna garantía.

Y luego había otra razón, menos egocéntrica, para no confiarme con Alexandr Romanovich. Dicho de forma simple, yo tenía miedo de que el *shock* de las noticias sobre mis planes le provocara un ataque al corazón allí mismo y en ese preciso momento. Él tenía en efecto un corazón delicado, y el miedo visceral al Estado podía producirle una reacción emocional desproporcionada con la realidad de la situación. Independientemente de cómo lo considerara uno, era mejor que Alexandr Romanovich no supiera nada de mis intenciones. Sólo unas

pocas personas conocían mis planes. Todos eran amigos de confianza, a pesar de sus muy diferentes orígenes y creencias.

Y así decidí recurrir a una «mentira piadosa». Cancelar una defensa oral ya programada era algo desconocido. Inventé una historia sobre una emergencia médica en la familia y la necesidad urgente de obtener un trabajo. Mi plan manifiesto era volver a Riga, obtener un trabajo, apoyar a mi familia hasta que la «crisis» hubiera pasado, y luego volver para defender la tesis —medio año o un año, con suerte. Luria se inquietó con mi historia, pero tras un *tour de force* yo salí triunfante. Pude retirarme de la universidad sin revelar, y así poner en peligro, mis planes.

Llegué a Riga y empecé a buscar trabajo. Esto resultó muy difícil, porque obviamente mi cualificación era muy superior a la requerida para los trabajos que estaba solicitando. Finalmente fui contratado como camillero en un hospital del centro de la ciudad —el más bajo en el escalafón. Fui asignado a la unidad de cuidados intensivos. Los pacientes —accidentes de automóvil, sobredosis, puñaladas, violaciones— me proporcionaron una nueva perspectiva sobre mi ciudad de nacimiento.

Los pacientes eran ingresados en ambulancia a mitad de la noche. Yo entraba a trabajar a las seis de la mañana, y para entonces algunos de ellos habían fallecido. Identificar a los muertos en las sucísimas camas y contarlos era mi primera ocupación del día. Como promedio eran seis o siete. Mi trabajo consistía en entregar los cadáveres en la morgue. Los transportaba manualmente en una camilla tambaleante con mi «compañera» María.

María era un mujer desdentada y permanentemente borracha, de entre cuarenta y sesenta y cinco años. Su dominio de las blasfemias rusas era terrible. En aquellos días, yo mismo era muy mal hablado, pero era un aprendiz comparado con el virtuosismo de ella. Todas las mañanas, cuando llegaba, se bebía los autoclaves médicos con etanol utilizados para esterilizar instrumentos médicos. Éste era su desayuno. A las siete de la mañana, cuando estábamos listos para cargar nuestros cadáveres, estaba tan borracha que apenas podía andar. Se tambaleaba, tropezaba y ocasionalmente se caía. Entonces yo estaba atrapado con dos cadáveres, uno real y otro virtual.

En comparación, el resto de mis actividades era trivial: llevar botellas con medicamentos, limpiar los suelos, trasladar pacientes —todas las tareas usuales que los camilleros hacen en todo el mundo. Fue una experiencia surrealista. Pero tras meses de extremo esfuerzo cognitivo asociado con toma de decisiones críticas (ésta debe haber sido la primera vez en mi vida en que descubrí una cosa tal como el esfuerzo cognitivo), había tranquilidad, un hiato, una apariencia de estabilidad por frágil y extraña que fuera. Durante los pocos meses siguientes,

hasta que solicitara mi visado, no había decisiones críticas que tomar. Y cuando lo solicitara, no sería despedido. ¡No de este trabajo! Estaba dando descanso a mis lóbulos frontales.

A su debido tiempo solicité mi visado de salida, y unos meses más tarde fui convocado para recibir la respuesta. Era favorable. Yo era libre para salir. La mujer uniformada que me dio las noticias tenía mi expediente delante de ella. Le echó un vistazo y exclamó con incredulidad: «¡Le dejan ir con este currículum!» Yo simplemente me encogí de hombros. No había indignación en su voz, sólo perplejidad. No era su decisión y no le importaba. Quedaban pocos fanáticos dentro del sistema. Mientras caminaba por la calle, yo tenía de nuevo una sensación de despersonalización, como si esto no me estuviera sucediendo a mí, sino a alguien a quien yo estaba observando desde fuera.

Volé a Moscú para despedirme. Como cientos de veces antes, estábamos sentados alrededor de la antigua mesa maciza con cabezas de latón en el estudio de Luria. Habían pasado dos años desde nuestro paseo por la vieja Arbat. Nosotros, Alexandr Romanovich y yo, hablamos durante muchas horas, seis, siete, o más. Lana Pymenovna estaba sirviendo té y se nos unía intermitentemente. Luria no estaba ofendido por mi mentira piadosa. Parecía aliviado de haber quedado fuera de todo el asunto. Finalmente dijo: «No apruebo *lo que* estás haciendo, pero agradezco *cómo* lo has hecho». Se sobreentendía que nunca podría comunicarme con él desde el extranjero; ahora yo era persona *non grata*. Ésta iba a ser nuestra última conversación. Alexandr Romanovich murió tres años más tarde.

Y vine a los Estados Unidos y empecé desde el principio. La continuidad intelectual y estilística que liga a un discípulo con su maestro se había roto y me encontré en mi nueva patria esencialmente solo. Esto hizo las cosas más difíciles al principio, aunque, visto en retrospectiva, más gratificantes. Pero la continuidad también se conservó a través de los numerosos y duraderos hilos de las influencias de mi maestro, que hasta hoy día está presente en mi carrera en formas tanto obvias como sutiles. Han pasado exactamente 27 años desde aquella incómoda despedida. Mi interés por los lóbulos frontales fue sembrado por Alexandr Romanovich y ha seguido estando entre los temas más persistentes de mi carrera. Y por ello este libro está escrito en memoria de Alexandr Romanovich Luria, el hombre que influyó decisivamente en mi vida, y de los complejos tiempos en los que su carrera terminaba y la mía empezaba.